

UNA EXPERIENCIA-PILOTO: LONGWY

por Maurice FEDER*

¿Una escuela pensada por los propios alumnos?

El comienzo de las vacaciones es uno de los momentos de mayor alegría para todos los niños. Todos recordamos la infinidad de proyectos que se hacen al comienzo de las vacaciones escolares. No obstante, el final de las vacaciones supone siempre un cierto desencanto y no son sólo los padres los únicos que desean la vuelta a las clases. Frente a la tutela de los padres, el niño piensa que la tutela de la escuela puede resultar quizá menos arbitraria. Protegido, estimulado, guiado, el alumno espera comportarse mejor que el año anterior. Pero ese no declarado fervor con que se comienzan las clases no dura demasiado. Las olvidadas obligaciones vuelven a convertirse en obsesivas. Las novedades dejan de serlo rápidamente y el espíritu vuelve a vagar en espera de días mejores.

Cabe preguntarse si es inevitable que la infancia resulte siempre decepcionada. ¿La escuela que hasta ahora ha sido hecha para los niños, a partir de ahora no podría ser pensada por los niños?

Esto es quizá lo más positivo de la experiencia de Longwy. Hemos querido encontrar una escuela que no haga a los niños sentir una animadversión hacia el trabajo. Una escuela hecha a su medida, que les agrade, que sea algo propio de ellos mismos.

Así se hizo. La experiencia dura ya más de un año. Es necesario reconocer que no todo es perfecto. Pero no resulta peor que antes. Y resulta más auténtico, más sencillo y más humano.

Los pueblos felices no tienen historia. La vida no se cuenta, sino que se improvisa día a día, brota de la imaginación de los unos y los otros, de los alumnos y de los profesores. Así nos adaptamos a las dificultades de cada día, en un proceso de continua creación. Cada día es diferente al anterior, cada semana, cada mes, cada año es distinto del precedente. La pesada monotonía que era preciso soportar en la clase ha desaparecido. Todo el mundo tiene conciencia de ello. La vuelta a clase en 1972 habrá sido esperada sin temor.

«YA NO HABRA MAS CLASES...»

Seis meses antes de iniciar nuestras innovaciones, un profesor de la clase sexta quería explicarles a sus alumnos: «En fin, ya no habrá clases a partir de ahora...» La explicación era suficiente y en un cuarto de hora los alumnos obtuvieron conclusiones más claras que las que el paciente lector obtendrá al finalizar la lectura de este artículo.

No más clases. Esto es verdad y se llega aún más lejos. La palabra clase tiene un gran número de significados. Aparte de los significados escolares existen las clases sociales. Todo ello supone una importante constatación en un país industrial marcado por la lucha de clases. No se encuentra lejos la

* Director del Centro de Educación Secundaria: Longwy (Francia).

época en que nuestro primer ciclo ofrecía un edificio nuevo destinado a las clases de enseñanza de tipo largo, un edificio viejo y destartado para las clases de enseñanza de tipo corto y a cinco kilómetros de éste un refugio para las clases de tipo práctico. Resulta inútil decir que este planteamiento obedecía más a criterios sociológicos que intelectuales. Hoy en día se ha realizado una integración total. Ya no hay más «clases».

La clase, desde el punto de vista de los niños, es el local en que se les encierra durante un año en grupos de treinta y cinco compañeros, siempre los mismos, no importa cual sea la asignatura que se enseña. En nuestro centro sólo existen ya clases de especialidades: historia, música, inglés. Todas las aulas resultan asequibles a todos según la demanda. Cada alumno puede ir a donde le parece.

Por otro lado, la clase es también el grupo concreto de alumnos que generalmente ocupa una misma aula polivalente, grupo que puede ser trasladado en su totalidad al estadio o al laboratorio. En nuestro centro este grupo ya no existe. Partiendo del hecho de que ya no existen clases homogéneas, hemos preferido individualizar la enseñanza y proponer para cada asignatura un programa a la medida de cada uno. De esta manera el grupo se forma de diferentes maneras para cada asignatura. Las agrupaciones se realizan de acuerdo con el nivel o los intereses de los alumnos, según se trate de una investigación, una exposición, una experiencia o una visita.

«VE DONDE QUIERAS...»

El día de vuelta a clase por primera vez, los alumnos encuentran un tablero en que se les dice: «Vé donde quieras...» Determinados itinerarios marcados con flechas conducían a las salas de trabajo. Tableros y flechas han desaparecido. La libertad impera. Durante todo el año y cada día de escuela y en cada hora, cualquier alumno elige libremente y toma la decisión de tomar parte en uno u otro trabajo. No resulta extraño que permanezcan en el aula durante dos o tres horas consecutivas. Esto es lo que constituye la «estabulación libre». La clase ya no se sufre, porque se elige. Todo esto no tiene sino un significado para los niños: hacemos lo que queremos.

En un régimen en el que se hace lo que se quiere, la palabra «opción» es la favorita. Existen las opciones obligatorias, las que se aceptan al entrar en la escuela y todo un abanico de «opciones» libres. Son obligatorias la educación física, el francés y la enseñanza religiosa, salvo el caso, no usual, de que los padres la rechacen.

La educación física incluye al menos dos horas de atletismo a la semana, dos horas al aire libre y una hora de natación. La imposibilidad temporal justificada, a no ser que se trate de una ausencia, no constituye una dispensa para la recuperación de las horas perdidas. Se asiste cuando se quiere. Aunque también en este caso existe una programación individual. Los que practican un deporte fuera de la escuela, se encuentran dispensados de realizarlo en ésta.

Para la enseñanza del francés, el número de horas es libre.

También lo es para la enseñanza religiosa. Como mínimo una hora a la semana. Se pretende realizar una investigación muy libre, pero también muy seria sobre la doctrina de la Iglesia. Se rechaza todo dogmatismo sobre qué es la «vida» o la actualidad y toda tentativa de compromiso.

En cuanto a la enseñanza obligatoria se refiere, esto es todo. No se exige ni siquiera un idioma moderno. Todo lo demás es facultativo. Pero es necesario respetar durante todo el año las opciones iniciales.

Se pueden aceptar algunas modificaciones durante las primeras semanas, sin darlas demasiado a conocer para que ello no sirva como estímulo a los caprichos.

En el segundo ciclo se informa cuidadosamente a los alumnos de las repercusiones de sus opciones, ya que apenas tienen conocimiento de los distintos tipos de bachillerato.

Desde luego, en todos los niveles los niños tienen tendencia a ver únicamente su interés inmediato. Es preciso aceptar el desafío de los no confesados móviles que guían su elección. Frecuentemente, éstos son el deseo de seguir a un compañero, la preferencia sentida por un profesor o el estudio de algo reputado como más fácil, el desaliento ante una dificultad o un fracaso, el cansancio o la inestabilidad.

Se necesita tener en cuenta el eventual futuro escolar. Un alumno poco dotado o no motivado, que nunca llegará a obtener su BEPC, no tiene necesidad de entorpecer las clases de idiomas pudiendo dedicar un mayor número de horas a la tecnología o los trabajos manuales.

Por el contrario, un alumno normalmente dotado que se conforma con el estudio de un solo idioma en el primer ciclo corre el peligro de no poder acceder al segundo ciclo.

Es competencia del profesor coordinador y del consejo de clase tener cuidado de ello. El número total de horas puede también revelar una tendencia hacia progresivos abandonos. Esto es algo que se debe observar y hacer que los demás lo observen mediante la redacción de las valoraciones mensuales.

RESPONSABILIDAD

Formar seres libres y responsables constituye nuestra primera preocupación. Renunciamos al despotismo. Nuestra autoridad sólo se ejerce con el fin de mantener el esfuerzo percibido y aceptado en un principio. La debilidad del niño debe poder apoyarse en nuestra constancia, sin que pueda llegar a temer la arbitrariedad de nuestro capricho, de nuestro humor o de nuestra comodidad.

Sin embargo, no debemos ceder ante los caprichos de los jóvenes. Indulgentes para con sus debilidades y desviaciones, no pactamos con su «dejar hacer», sus defectos o sus malas inclinaciones.

Existe una regla de vida que ha sido elaborada en común. Nosotros somos los árbitros destinados a hacerla cumplir.

El alumno que acepta matricularse, los padres que le presentan, los profesores que solicitan ingresar en nuestro equipo, todos y cada uno de ellos, en conjunto, se convierten en responsables de la escuela.

Responsable de sus progresos escolares, de acuerdo con sus opciones, de la libertad de su horario, de sus trabajos, de sus métodos, de sus controles, de sus grupos de trabajo, el alumno lo es también de la vida social de su «clase», de su ciclo, de la totalidad de la escuela, llegando incluso aún más lejos. A partir del primer año de la derogación hemos visto alumnos participando en la animación de reuniones a nivel nacional.

Los profesores educan el sentido de la responsabilidad tomando en serio las diferentes tareas aceptadas o pedidas por los alumnos. Lo ideal sería que cada alumno tuviera al menos una tarea a desempeñar en el marco de la comunidad. Este ejercicio presupone un acuerdo en torno al contenido de las tareas y una vigilancia de la fidelidad de sus titulares.

Hacer resulta con frecuencia más fácil que hacer hacer. Sin embargo, esto no es educativo. Los alumnos, a cualquier edad, deben aprender a realizar todo aquello de lo que son capaces.

OBJETIVOS PARA CADA ALUMNO

Los programas oficiales se ven sustituidos por objetivos personales para cada alumno. De acuerdo con el profesor responsable se adopta una progresión y se define una cantidad de trabajo para cada mes, en algunas ocasiones de acuerdo con el alumno entre varias posibilidades. Al finalizar el mes se realiza un control obligatorio. Los controles se realizarán de forma más rigurosa en el segundo año; dichos controles pueden referirse tanto al horario como a los resultados de los trabajos. En caso de negligencia grave en una asignatura es evidente que el alumno no será aceptado en las restantes mientras que no haya recuperado su retraso. Ello implica obviamente una buena coordinación entre los profesores.

Los términos empleados revelan una voluntad de escapar de lo «memorístico». Nuestros alumnos procedentes del mundo obrero consideran los estudios como un amontonamiento de conocimientos. Los padres juzgan que están destinados a tener un brillante porvenir aquellos que tienen «una buena cabeza», es decir, aquellos que cuentan con una memoria inmediata fácil. En nuestra opinión, la enseñanza secundaria debe iluminarles y la investigación, la creación, la expresión, el intercambio y la escucha tienen una muy diferente importancia.

De esta manera, los conceptos de «programación», «progresión» o de «objetivos» se encuentran basados no en el saber, sino en el progreso de la inteligencia, del saber hacer y de la personalidad. Las etapas a seguir no son las del conocimiento, sino las que corresponden al desarrollo de las aptitudes.

Clasificaciones y composiciones, notas, exámenes, han sido absolutamente suprimidos. Las opiniones de los profesores todavía se anotan mensual y trimestralmente en un cuaderno que los padres deben controlar. Esto puede todavía considerarse como una reminiscencia del sistema magistral.

Es el propio alumno quien elige la forma en que se va a emplear sus horas. Es necesario que él mismo se controle. La dosificación de las opciones, el control de los profesores y de los padres se ve facilitado mediante detalladas relaciones semanales y mensuales.

PROGRAMAS

Tenemos un amplísima libertad que nos permite, más o menos, todo aquello que queremos, con sólo dos excepciones. En primer lugar, que sea posible el paso de nuestros alumnos a otros centros sin que se produzcan retrasos en las materias básicas, como el francés, las matemáticas y los idiomas. En segundo lugar, todo aquello referente a la preparación de los exámenes oficiales.

Salvo en estos puntos, nuestra escuela debe quedar abierta a la vida y nuestros programas deben referirse al medio social en que se desenvuelven nuestros alumnos, con la voluntad de prepararles para la vida que les espera, en la medida en que podemos presentirla.

PROGRAMACION

No se trata de un programa, ni siquiera de uno difuminado, comentado o reducido. Se trata de un camino propuesto para la adquisición de un saber hacer nuevo.

A partir del primer día de clase deben quedar claramente establecidos los objetivos, las etapas, los procedimientos. Por otra parte, resulta posible proponer varios itinerarios entre los cuales cada uno puede elegir libremente.

No se trata de que cada uno opte libremente por una lista de materias o de capítulos. Lo ideal es que nada del «programa» figure en la programación.

Cuando el alumno cree que ha comprendido la programación puede elegir en el programa e incluso fuera de él los temas, las preguntas, los puntos sobre los que quiere trabajar aplicando la programación.

Resulta evidente que se tiene en cuenta la individualización del trabajo.

EQUIPO DE PROFESORES

Esta continua puesta en tela de juicio de las normas y de las estructuras podría inquietar a los maestros, a los alumnos y a los padres. Las modificaciones sólo pueden adoptarse una vez acordadas por todas las partes interesadas.

En primer lugar, de conformidad con el director de la orquesta. Solo él tiene una visión de conjunto y puede adivinar las repercusiones de los cambios propuestos. El director de centro, responsable de un ciclo o de una división, debe sentirse muy contento cuando se le propone la realización de un cambio total, pero su papel consiste en hacer una selección y aceptar únicamente las ideas conformes con el proyecto educativo del centro y las innovaciones que han de satisfacer a la mayoría.

Cada uno de los profesores junto con sus colegas se encuentra al servicio de los niños. Si modifica los horarios, si convoca a los alumnos o si éstos no son aceptados en clase, si exige un tiempo de presencia o una suma de trabajo, si confía a alguno de ellos una tarea, debe en primer lugar calcular las repercusiones de su decisión, que no debe perturbar ni la marcha del conjunto, ni el esfuerzo de sus colegas, ni el trabajo de los alumnos, ni la personalidad de algún niño.

Solidaridad exigente. Existe una tendencia a evitar los problemas replegándose hacia una rutina de funcionario. Esto constituye la muerte de un sistema creativo. Si alguien no es capaz de trabajar en equipo no debe comprometerse.

Por último se precisa tener la preocupación de ser comprendido por los padres. No se debe modificar nada de lo que ha sido convenido sin antes dar una explicación de los motivos. Es fácil consultarles o al menos informarles mediante el cuaderno de valoración.

Para terminar y sobre todo, diremos que es con los niños como se hace un equipo. Se trata de ellos. Son ellos los primeros en encontrarse interesados en

estos asuntos. La escuela es para ellos. Utilizando sus palabras, les pertenece. Por consiguiente, nada se puede hacer sin ellos, y no es lícito presumir de conocer sus reacciones que con frecuencia son imprevisibles. Consultémosles lealmente. El consejo, las asambleas, los responsables, los agentes de coordinación cumplen esta función.

El cuerpo profesional se renueva rápidamente. Los profesores que no han tomado parte en la evolución de la escuela en la época de la derogación (1971) se encuentran un tanto desconcertados ante un sistema escolar insólito. Cuando aceptan un puesto en el nivel correspondiente a la enseñanza secundaria en Longwy, se comprometen a convertirse en los artesanos de esta pedagogía evolutiva, a hacerla funcionar fielmente, a trabajar en equipo con los demás. La escuela hace una llamada a su creatividad. Para que su colaboración pueda resultar eficaz requieren información en torno al medio, los motivos del cambio, los objetivos, el ambiente, los métodos, las normas de la casa.

LOS PROFESORES YA NO ENSEÑAN

Escuelas sin clases, profesores sin cátedras, anunciaba con un estilo muy periodístico un columnista local. Juiciosamente subtitulaba: «Revolución silenciosa en la escuela secundaria.»

Profesores sin cátedra. Revolución silenciosa. Nuestros profesores ya no enseñan. Ya no creen en la magia del verbo. Tampoco existe ya un saber qué transmitir. Los profesores permanecen callados. Los alumnos, por fin, pueden trabajar. Muchas veces solos y en silencio. También existen intercambios, trabajo en común. Más adelante, actualizaciones por parte del profesor e incluso breves exposiciones a petición de un grupo de alumnos y sobre un tema que les resulta atrayente. Estas intervenciones magistrales tienen una duración de cinco a veinte minutos, según la edad de los alumnos.

Durante el resto del tiempo, los profesores se encuentran a disposición de todos y cada uno de los alumnos. Esto resulta muy absorbente, ya que las preguntas se suceden rápidamente y sobre los temas más variados. Se precisa una total disponibilidad y una gran flexibilidad de espíritu no tanto para explicar e instruir, sino para adivinar la dificultad y solucionarla de forma correcta.

De esta forma resulta posible establecer automáticamente contactos auténticos y personales. El intercambio entre alumnos y profesores se convierte en una colaboración en la que existe confianza. El ambiente se ve transformado.

El control del alumno en el propio trabajo resulta más revelador que la solitaria corrección de las faltas de un trabajo ya realizado por el alumno. Ya no hay jueces. Somos guías. Ya no sancionamos los pasos en falso. Nos adelantamos a ellos. El trabajo de corrección fuera de la clase supone un importante trabajo preparatorio. Resulta preciso establecer las progresiones, las directrices a seguir en los trabajos, los cuestionarios y las fichas de control. Lógicamente, al principio hemos tenido nuestras vacilaciones, pero creíamos en ello y la fe es contagiosa.

Los alumnos ya no tienen libros personales. Existen bibliotecas de clase. Para ello se precisa un aprendizaje de la vida en común, del sentido de los demás, del respeto a lo que es de los demás. Este aprendizaje constituye uno de los propósitos de la escuela en cuanto unidad educativa.

El «manual escolar» ha sido de gran utilidad en un principio, paliando la falta de preparación de los profesores y la carencia de verdaderos instrumentos de trabajo. No obstante, han sido sustituidos por diccionarios, atlas, enciclopedias, autores, obras completas, obras científicas, documentación variada que constituyen una mejor preparación para el trabajo personal y creador. El manual favorece la preparación acelerada y carente de profundidad, proporcionando en todo una idea que resulta demasiado estrecha y dogmática.

Con frecuencia nos formulan preguntas en relación con la actividad profesional de los maestros. Nada más fácil, refiriéndonos a las normas del Ministerio de Educación Nacional y para permitir el cálculo de la retribución de los profesores; su servicio se calcula en horas semanales, es decir, horas en contacto con los alumnos.

Indudablemente, estas horas resultan muchas veces agotadoras debido a la tensión que exigen. La diversidad de niveles y trabajos supone por parte del profesor una constante atención y una gran flexibilidad para comprender inmediatamente las dificultades de aquel que le interroga.

El enfrentamiento, la contestación que desgasta a los profesores de la enseñanza secundaria «abandonados ante los alumnos», no se presentan en nuestras clases, donde los profesores cumplen su obligación con una total serenidad.

La enseñanza a través de métodos activos supone una gran preparación de las clases. Programación, directrices de trabajo, cuestionarios, fichas de control, constituyen algo jamás perfeccionado. Siempre se precisa de una readaptación. La preparación de las exposiciones, de las visitas, de las encuestas, de las puestas a punto, no es algo que pueda realizarse en cortos períodos de tiempo.

Esto es normal. ¿Acaso puede un adulto cumplir una vida profesional con sólo dieciocho horas semanales durante treinta semanas al año?

Es preciso no olvidar que nos hemos librado de la vana y fastidiosa tarea de las interminables correcciones de ejercicios, preguntas, composiciones o exámenes que todavía continúan existiendo en toda la enseñanza secundaria.

De la misma manera, la redacción de las valoraciones supone varias horas mensuales; sin embargo, ello es mucho más inteligente y eficaz que la compilación de notas, el cálculo de medias y la certificación de los boletines.

DIRECTRICES DE TRABAJO

El profesor que no enseña se encuentra en situación de disponibilidad para guiar la investigación individual o colectiva. Aconseja, vigila y rectifica, recuerda, anima. Se necesita adaptar continuamente a cada caso las directrices generales.

Sin embargo, estas directrices deben existir. Fotocopiadas, colocadas en un tablón de anuncios, grabadas, esto es algo que poco importa. Todo el mundo debe tener la posibilidad de consultarlas.

Siempre perfeccionables se encuentran continuamente en ejecución. Los niños son nuestros maestros. Nos enriquecemos con sus hallazgos, con sus descubrimientos. Los inventos de los adultos nunca les son enteramente aplicables. Rápidamente las adaptan y al observarles mejoramos nuestras primeras ideas.

HORARIOS

La jornada escolar no tiene tiempos muertos. Los períodos dedicados al descanso tienen una duración de quince minutos y se sitúan a mitad de jornada; también existe un descanso de una hora y quince minutos después de la comida para aquellos que son medio pensionistas.

En cuanto los alumnos llegan a la escuela son motivados para que comiencen a trabajar. Lo hacen gustosamente, en cuanto saben que los profesores se encuentran allí para recibirlos y animarlos.

No hay tiempo que perder. Para la mayoría de nuestros niños todo el trabajo escolar se realiza en la escuela. Desde luego debemos dedicar la noche y las vacaciones a la lectura y a la documentación.

Los alumnos, progresivamente, aprenden a organizar su tiempo dosificando sus horarios. Cada uno encuentra lo que le conviene. Algunos en la regularidad, otros en la inspiración del momento.

No se impone un número determinado de horas semanales de una u otra materia. Pueden realizarse observaciones a aquellos que utilizan un tiempo relativamente excesivo o insuficiente en una u otra asignatura. Sin embargo, ello depende de la totalidad de sus opciones, de sus dotes, de sus ambiciones, de la influencia de sus compañeros o de sus padres.

Los consejos de cada profesor, los intercambios en el consejo de «coordinación», los cuadernos de valoración constituyen, algunos de los medios para guiar las dosificaciones libres, con las únicas excepciones derivadas de la necesidad de practicar un mínimo de deporte y de seguir una enseñanza religiosa.

COORDINACION

Principal preocupación de la escuela, la coordinación vertical entre los niveles y horizontal entre las asignaturas constituye una necesidad de sentido común subrayada por todos los inspectores.

Aquí la entendemos en un sentido estricto. Se trata de ayudar a cada alumno a organizar su trabajo, concediendo a cada opción la importancia que se merece.

Esta ayuda puede realizarse en numerosas circunstancias, aunque el momento privilegiado es cuando tiene lugar el consejo de grupo al final de la mañana. Este es el papel del profesor coordinador.

Esta importante tarea supone un responsable del trabajo de los alumnos en el grupo. Es éste quien firma el cuaderno de valoración debidamente relleno por sus compañeros, quien recibe a los padres y en caso de necesidad les convoca, quien dirige el consejo de observación trimestral. Moderador del consejo diario cede su dirección al cónsul, guiándole y apoyándole discretamente.

Los veinte minutos de consejo deben servir sobre todo para coordinar el trabajo individual. En primer lugar se debe tener al día el cuaderno diario u horario. Puede ser redactado en dos colores: uno destinado al aula en que se ha trabajado, el otro para el trabajo que se ha realizado. Aprendizaje de la conciencia profesional, de la organización y base indispensable de control. Cada sábado queda totalizado y sus resultados se pasan a una página donde quedan reflejadas las cifras de cada semana para cada asignatura.

Cuando se agota el orden del día, el estudio de casos constituye la ocupación normal del consejo. Cada caso se convierte en un ejemplo y todos pueden reflexionar sobre las explicaciones dadas o las soluciones propuestas.

TRABAJO DE GRUPO

Los grupos espontáneos, de dos o tres alumnos, no deben ser prohibidos. Sin embargo, requieren una atención particular.

La ayuda mutua nace espontáneamente y crea un clima excelente que facilita enormemente el trabajo. No se debe temer la «comunicación» o el plagio, porque cada uno ejecuta un trabajo diferente al de los demás. El peligro sólo existiría en caso de que los profesores fueran autoritarios e impusieran un trabajo idéntico a varios. Por el contrario, una dirección espontánea proporciona a los alumnos que se encuentran en dificultades explicaciones más adaptadas que aquellas que normalmente dan los adultos.

La exposición realizada por uno o varios alumnos debe ser siempre breve y sin recurrir a los apuntes. Debe bastar con un plano en la pizarra. En absoluto resulta necesario reunir un numeroso auditorio. Una crítica bien realizada cuando es demandada por el auditorio, constituye el mejor medio para desanimar a los que van de un sitio para otro sin fijar su atención en ningún punto.

La exposición por parte del profesor, normalmente, debería coronar la investigación previa realizada por el auditorio. Conviene anunciarla con antelación. *No excluye la participación activa de los alumnos.* Esto es lo que se llama una puesta a punto. Conviene anunciarla con tiempo.

El simple intercambio entre los alumnos vivifica el trabajo, rompe la monotonía, favorece la vida social, enseña a escuchar y a expresarse. Resulta útil cuando se realiza después de una investigación individual. Entonces constituye una puesta en común. Sin embargo, es necesario guardarse de la tendencia a la palabrería preliminar cuando cada uno comenta su impresión o su toma de posición sin conocer el asunto. La presencia del profesor no es necesaria para las puestas en común.

CONTROLES

Aquí también se precisa de un rigor y una creatividad.

Rigor en la regularidad. El alumno que no se encuentra controlado está engañado. Es necesario marcar las etapas, al menos cada mes. Desde luego, no existe nada mejor para aprender a medir los periodos de trabajo según las capacidades de cada uno. Con relación a los más jóvenes se pueden realizar controles parciales.

La naturaleza del control puede variar según el tipo de trabajo. Recordaremos que nuestros alumnos tienen tendencia a identificar demasiado trabajo y memorización. El control constituye un medio eficaz para disipar también este engaño.

Por el contrario, no deben suprimirse los esfuerzos de memorización. Existen cosas bellas o útiles que deben ser recordadas. La memoria no es lo fundamental, pero es imprescindible y resulta necesario cultivarla. Debemos indicar qué cosas deben ser memorizadas y enseñar las técnicas precisas para ello.

La forma de realizar el control queda a la libre apreciación de cada uno. La interrogación puede ser positiva sobre todo cuando se realiza oralmente. También es recomendable utilizar un ejercicio tipo, un sondeo, una conversación, una exposición, el apoyo a un compañero, los descubrimientos de un cuaderno personal. Los profesores que siguen de cerca el trabajo de los alumnos, con frecuencia tienen la posibilidad de dispensar al alumno de un control formal.

APRECIACION DEL TRABAJO

El alumno, progresivamente, debe llegar a convertirse en juez de su trabajo. Una enseñanza secundaria que cumpla sus objetivos debería conducir a los alumnos de la clase «terminal» a una situación en la que fuera posible prescindir del juicio del profesor.

En espera de que ello llegue se debe realizar esta apreciación junto al alumno. Lo que se debe sopesar no es tanto el resultado objetivo del trabajo, sea bueno o no, como el progreso de los procedimientos, el interés, las cualidades personales afirmadas en la ejecución del trabajo.

El cuaderno de valoración incluye páginas mensuales que describen al alumno ante su trabajo, así como apreciaciones trimestrales que le sitúan en relación con las exigencias del programa oficial.

Con el fin de fundamentar estas estimaciones, actualmente contamos con cuatro elementos que el propio alumno se encarga de anotar: el número de horas dedicadas mensualmente a cada opción, los controles y su éxito, la apreciación del alumno sobre su propio trabajo, esto es, un juego para los más jóvenes, un juicio para los mayores.

¿Y LOS PADRES?

¿Y los padres? Esta era la gran inquietud. Tienen dificultad para comprender y admitir. La satisfacción de sus hijos no les tranquiliza. Desde el tiempo en que permanecieron en la escuela han guardado la impresión de que ésta debe ser aburrida, obligatoria, repulsiva. Los alumnos felices les parecen sospechosos.

¡Y por si fuera poco no trabajan! El que no existan deberes a realizar en casa en cuarto año les parece poco serio.

Los padres que vienen a ver la escuela se muestran de acuerdo. Al terminar la media jornada o la jornada, no existe ninguna excitación o descomprensión. Los alumnos salen en calma, aunque fatigados.

Se necesitará tiempo para convencer a los padres. Se necesitarán sobre todo buenos resultados en los exámenes. Ante los ojos de muchos, esto es lo único que cuenta.

Ha existido una gran inquietud. Se había preparado el terreno, se habían dado explicaciones, se había modificado todo poco a poco. No importa. En el aspecto escolar los padres se juzgan competentes en cuanto que ellos son antiguos alumnos. Algunos han retirado a sus hijos, desde luego, contra la voluntad de los niños.

Actualmente todo el mundo se ha definido. Aquellos que han vuelto a matricular a sus hijos saben a qué atenerse. Los padres de los nuevos alumnos han tomado esta decisión después de haber escuchado una multitud de críticas.

Las críticas cambiarán de sentido y nosotros proseguiremos la experiencia convencidos.

De hecho, nuestra libertad proviene del rector para un período de ensayo renovable de dos años. Consecuentemente existen inspectores e informes.

Todo se desarrolla cortésmente, pero aún se necesita un año para obtener suficientes conclusiones. En realidad, el papel del inspector se adapta muy mal a este tipo de control. Ve al profesor desde una óptica que resulta limitada. Forzosamente se le escapa lo principal, esto es, la organización anteriormente esbozada y el clima del que comenzaremos a hablar a continuación.

EL CLIMA DE LA ESCUELA

El clima de la escuela es muy importante. Como decía nuestro presidente de la asociación de padres de alumnos: «esto tiene que gustar». Nadie tiene dudas en relación con el éxito, ya que ello constituye la principal queja de los observadores suspicaces. Por supuesto, en la forma en que está concebida, con su increíble miseria material, esta escuela gusta a los alumnos. Nos gusta, declaraba una nueva alumna, porque es nuestra.

Este año hemos recibido un gran número de visitantes de Francia y del extranjero. El director no puede atender esta afluencia. Y ya que la escuela es de los alumnos son ellos quienes se encargan de realizar el recibimiento. Lo hacen con alegría. Una docena de huéspedes, sesenta azafatas, y en caso de necesidad, cualquiera puede recibir, guiar, contestar, explicar con simplicidad y autenticidad. Un visitante se extrañaba de la confianza que se daba a los alumnos, libres de decir aquello que les parecía. ¿Y por qué no? No tenemos nada que ocultar. Ni las miserias, que son comunes a todos, ni nuestra indignidad, ni la pobreza intelectual del medio. El desarrollo de los niños hace olvidar todo lo demás.

La escuela-comunidad educativa, esto es algo que se vive cuando las secretarías participan en el teatro con los alumnos, cuando la mujer de la limpieza agradece conjuntamente a todas aquellas que la han suplido durante su ausencia, cuando Sylvie o Myriam responden por sí mismas las peticiones para hacer una visita, cuando sus padres reciben a los huéspedes lejanos que la escuela no puede albergar.

Esto es algo que se vive particularmente en la organización del trabajo y en el control que es una obra común, concertada, de todos. Un gran número de ideas nacidas en las reuniones de los más jóvenes han sido adoptadas a todos los niveles.

ORGANIZACION DEL CENTRO

Podríamos inquietarnos por la desaparición de la clase. Con razón. Se necesita otra cosa. Se ha previsto. La escuela se encuentra desde luego distribuida en tres ciclos. Este es algo impuesto por la independencia de los tres edificios. Existe además un segundo ciclo mixto. Problema de efectivos, naturalmente. En el primer ciclo, chicos y chicas forman dos unidades bastante autónomas. Esto más que una doctrina es un hecho. La escuela mixta tiene muchas ventajas. No funciona sin dificultades. Nos acercamos a ella sin quererlo verdaderamente. Existen numerosos contactos, pero por el momento nada más.

Dentro de los primeros ciclos, a principios de años, se procede a realizar una distribución de acuerdo con la edad. Se forman grupos de veinticinco sin tener en cuenta su nivel escolar. Estos alumnos no se vuelven a encontrar en la clase, sino en el exterior, en la realización de dos actividades principales: la salida semanal al campo y el «consejo» diario que se encuentra presidido por un cónsul elegido por un período de un año y que se realiza en presencia de un profesor coordinador. Se habla sobre la organización escolar, de las actividades de grupo y de cualquier otra cosa que pueda resultar interesante. Este consejo se celebra a lo largo de los últimos veinte minutos de la mañana. Basta con realizar un sondeo para que el grupo por su propia voluntad se vuelva a reunir en el comedor.

Además de los consejos existe una asamblea diaria de los profesores y alumnos de cada ciclo donde se comunican las noticias, se dan los avisos, las previsiones, etc. Cualquiera puede subir al estrado y tomar la palabra, hasta los menos intrépidos se deciden con facilidad a hacerlo. A veces, los profesores que se encuentran en la sala tienen que contestar. La asamblea tiene una gran capacidad para presentar sugerencias e incluso un poder de decisión.

Me pregunto —escribía un visitante en su informe— si existen chicas sin alguna responsabilidad. Efectuado un recuento, sobre doscientas treinta y cinco había treinta de éstas. A partir del día siguiente la distribución se había mejorado y todo el mundo había sido provisto de lo necesario. Además de los huéspedes y los cónsules existen secretarios, carteros, ediles, administradores, bibliotecarios. Todos estos responsables cuentan con «comités» en donde ponen en común preocupaciones y descubrimientos, existiendo, desde luego, una rendición de cuentas ante la asamblea. Si existen conflictos se crea un comité de conciliación.

Es necesario verlo para creerlo. Vengan y lo verán. Si llegan veinte minutos antes del comienzo oficial de la jornada escolar, verán salas que se van llenando silenciosamente y alumnos que ya están trabajando. Si entran en una sala a mitad de la jornada, nadie se fijará en ustedes. Si interroga discretamente, se le responderá con gentileza. Si están fatigados y se encuentran riendo o mirando por la ventana, simplemente continuarán haciéndolo.

Nuestros alumnos son serios y relajados. Como en juego, como en casa. Ellos son auténticos y nos obligan a serlo o a volver a serlo.

Escuela sin clases, profesores sin cátedras. No es cuestión de exagerar. No pretendemos dar lecciones a nadie. Revolución silenciosa. Nos gusta así. Continuamos.